

de continuar siendo las repúblicas de Walt Disney, el Continente de la Cuartelada, a los ojos del mundo, América concertada e individualmente, sus Estados miembros no pueden dejar de enfrentarse de una vez por todas con este serio problema y hallar respuesta a la pregunta. ¿Se halla una fórmula para condenar en un Acuerdo interamericano la flagrante agresión de la Institución militar al Poder civil de la nación, pues, según ocurre, monta a una agresión de tipo externo, de un Estado que repentinamente se forma dentro de otro Estado y se atribuye facultades de Super-Estado, *l'Etat c'est moi*, como ha llegado a instituirse el Ejército en algunos países; paso difícilísimo y complejo si no participa en él, en una demostración de conciencia cívica, el mismo Ejército y si falta valentía y sinceridad hacia la patria en los estadistas? ¿Se inicia, como parece está en los planes de reforma del gobierno ecuatoriano de Plaza, la conversión de las actividades del Ejército hacia las civiles, en el campo de la técnica, de la investigación, del trabajo, para construcción y reconstrucción de la economía y de la cultura, en escala amplia, más allá de la ensayada hasta ahora por las diversas naciones latinoamericanas? ¿Se ha de seguir aumentando el poderío militar de los ejércitos latinoamericanos por los canales que abren los pactos de la llamada "defensa continental", con paralelo peligro para subversiones de la fuerza más frecuentes y violentas, en lo interno y externo? ¿O dejamos las cosas como están? Las dos ac-



ciones: la concertada de América y la individual por parte de cada Estado, según su realidad prevaleciente, abriría a los países latinoamericanos la puerta hacia una era más estable de vida civil y política, base de todo el edificio económico de una nación, y al mismo Ejército la de su propia redención por los caminos del trabajo civil, en el libro, en la tierra, en la mina.

Washington,  
noviembre 28 de 1948.

que apoyar la tremenda amenaza de Einstein y sus colegas.

Porque la presencia innumerable y creciente de los asteroides, atestigua una soberana catástrofe ocurrida a un cuerpo celeste de gran importancia, quién sabe si de asombrosa semejanza con nuestra Tierra. Los recientes descubrimientos comprobatorios de la habitabilidad de Marte hacen todavía más vehemente esta hipótesis, respecto al siguiente miembro de la familia solar. Nada impide suponer que en el planeta perdido, hecho pedazos, las condiciones vitales habrían sido aun superiores para el florecimiento de una humanidad anterior y quizás mejor a la nuestra. El lema nietzscheano, "el hombre es algo que debe ser superado", acaso haya que trasladarlo al pretérito. Un examen minucioso de los fragmentos del extinto planeta, que parece inminente dada la potencia del nuevo telescopio de Palomar, habrá quizás de revelar los vestigios de la alta civilización asteroidal, como dan fe de algo formidable los canales de Marte. La fantasía novelística está de plácemes.

Lo que ahora interesa más, a la luz de los actualísimos descubrimientos nucleares en la mansión terrestre, es cierta horrenda sospecha sobre la causa de la catástrofe del astro convertido en esos añicos que llevan los nombres de Ceres, Vesta, Juno, Palas, Hidalgo, Bolívar, Washington, Elena, Gertrude, y mil más, fragmentos de un mundo estallado testigos probablemente del gran crimen. Diariamente aparecen a los ojos de los contempladores, en los observatorios, más asteroides que comparecen a hablar del asesinato de un mundo. ¿Hubo, en el sexto planeta, habitantes, efímeros dotados de pensamiento y acción, que llegaron a alcanzar tal grado de ciencia, de dominio sobre las fuerzas naturales; que progresaran en tan grandiosa forma, con tan admirable desarrollo científico y técnico, en una palabra, que se adelantaran a los terráqueos en lograr la desintegración atómica?

Si ocurrió semejante hazaña, contradictoria a la evolución universal, sería antes que en el alba del más remoto paleolítico alumbrara el primer destello de sabiduría en la mente del "pitecantropus erectus". Quizás los hombres del planeta perdido disfrutarían de las mismas tradiciones y leyendas de Caín y Abel. Acaso ensayaron destrozarse en guerras infantiles, por inexorables intereses disfrazados, antítesis de razas, culturas, dinastías, o contrapuestas y militantes religiones. Sin duda tuvieron su filosofía política, inspirada en algún maquiavelo de cabecera para los ambiciosos y

## ¿Romperá Atlas su globo?

Por Humberto TEJERA

(En *El Nacional*. México, D. F.  
Noviembre 11 de 1948).

Hace apenas un año que desde la Universidad de Princeton, el Dr. Albert Einstein y la comisión que preside, dedicados al estudio de la energía nuclear, alertaron al mundo para darse cuenta de que el tiempo apremia, de que advierten la necesidad imperiosa de establecer la vigilancia internacional del átomo, y de que la alternativa es "la muerte de nuestra sociedad". Sibilinas palabras que mantienen en suspenso a la humanidad entera.

Cada día se acumulan pruebas de que los sabios, en cuyo nombre habló el gran relativista, están en lo justo. Y pruebas también, de que no es posible crear el control humano de

la atomicidad, nombre actual de la "negra kerr", del caos, de la extinción planetaria. Con los ciclotrones produciendo energía nuclear dedicada a la guerra, en tres o cinco países del mundo, y el gigantesco ojo de Monte Palomar asomándose a mil millones de años-luz, la mente asoma a perspectivas de vértigo. El terror que antes causaban a la humanidad los cometas o los milenios, hoy lo producen los laboratorios de los hombres de ciencia. Ya los cometas no sirven ni para asustar a los chicos. Pero queda en medio de los espacios estelares, bastante cerca por cierto de nuestra Tierra, un enigma o advertencia que por su extraña concordancia con las siniestras profecías de los sabios de Princeton, da mucho qué pensar a los contempladores que suman la historia a la cosmografía.

Allá, por 1800, el astrónomo Piazzi encontró el primer asteroide, que denominó Ceres, exactamente entre Marte y Júpiter, a la distancia que hacía falta a los cosmógrafos para comprobar la serie geométrica de las posiciones planetarias. Por siglo y medio se han ido encontrando casi a diario, restos del "planeta perdido": su número ha aumentado por centenas, por millares. Agotada la nomenclatura mitológica, Juno, Vesta, Palas, se echó mano de los héroes, incluyendo los de nuestra América, y tenemos asteroides que brillan con los epónimos de Bolívar, Hidalgo y Washington. Los descubridores han llegado hasta utilizar los nombres de sus novias y amigos. El último planetario encontrado por las lentes, pedrada errante en la inmensidad, pedazo irregular de montaña, de 27 kilómetros de diámetro, lo mismo puede atestiguar la leyenda griega de la sublevación de los titanes contra Zeus,

### El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

## "LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GÓMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles

Paseo de los Estudiantes